

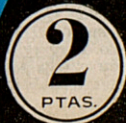
14 *Una vida, UNA NOVELA*

# GRACE KELLY

DISTINGUIDA,  
ELEGANTE,  
Y CON UNA GRAN  
PERSONALIDAD.

Binu Crosby, Clark  
Gable, Gary Cooper  
y otros sintieron  
el hechizo de su  
feminidad.

Capta por igual  
la simpatía de  
hombres y  
mujeres.





## ¡De próxima aparición!

FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas, Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.

SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine Silvana Mangano, famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.



## ¡Está a la venta!

GREGORY PECK

El alto y desgarrado muchacho que se abre paso en el arte, terminando por ser uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo. Después de 15 años de matrimonio, Gregory Peck siente de pronto una pasión extraña por una periodista francesa, veinte años más joven que él.

UNA VIDA, UNA NOVELA

# GRACE KELLY

- ◆ No desea ser una más entre las estrellas de Hollywood.
- ◆ Los galanes de sus películas se enamoran de ella.
- ◆ Clark Gable la prefirió a Ava Gardner.

Volumen n.º 14  
de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

## VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados  
Copyright by Ediciones  
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

Grace Kelly quería ser actriz y es por eso que llegó a Hollywood, la Ciudad del Cine, la meta, después de haber debutado en los escenarios de Broadway con «El Padre», de Strindberg. Le hicieron las pruebas cinematográficas y en los Estudios estuvieron de acuerdo en afirmar que poseía una gran personalidad y un encanto que irradiaba de toda ella.

—Y, sin embargo, no es una belleza al estilo de Hollywood... —había sido el comentario de productores y directores al contemplar las fotografías de la nueva aspirante.

—Es cierto: es corta de vista y tiene los labios demasiado delgados —sentenció Alfred Hitchcock, el director de los «suspensos».

—Pero tiene una gran personalidad; su encanto surge desde muy adentro de ella misma...

—A mí me recuerda a la Ingrid Bergman de los primeros tiempos. Tiene su mismo atractivo suave.

—¿Dónde está la ficha? —preguntó Hitchcock de nuevo, interesado en las fotografías.

Allí estaba su ficha, como tantas otras, recién hecha, sin saber todavía cuál será su destino, sin saber si será una de tantas «extras» o estará seleccionada entre las escogidas, con las estrellas de primera fila; en ese momento es una más y nada la distingue de otras diez que llevaban la misma fecha de entrada, nuevas también. Allí está y ha pasado de un productor a otro, de un director a otro y, finalmente, al ser reclamada por

Hitchcock ha ido a parar a sus manos. Lee a través de sus lentes, en voz alta: «Grace Kelly. Nacida en Filadelfia, 12 de noviembre de 1928. Un metro sesenta y seis centímetros y medio de estatura. Ojos azules.»

—Demasiado delgada para su altura —comentó—. Pero tiene personalidad y eso es lo importante. Todas las estrellas son iguales. Estamos cansados de leer ese comentario en toda la Prensa europea. Con Grace Kelly no podrán decir lo mismo, casi no parece americana.

Este fué el principio de la que más tarde sería considerada la reina de los films dramáticos de Hollywood y que recientemente ha sido galardonada con el máximo premio de Hollywood: un Oscar.

\* \* \*

Tuvo que empezar también, aunque su principio fué breve.

Después de las pruebas interpretó su primer papel; era un personaje secundario de «Horas de angustia». Pasó casi desapercibida, pero Grace era paciente. La oportunidad llegó en seguida.

Stanley Kramer había pensado en Gary Cooper para interpretar al protagonista de «Solo ante el peligro». El actor, que tiene un buen sentido de los negocios, pedía mucho dinero por su trabajo y el director quería compensar el déficit que esto suponía al escoger a la actriz que representaría la esposa de Gary en el film.

—Necesito a alguien que sea a la vez inteligente, elegante y discreta... Tiene que aparentar cierta timidez... —decía pensativo Kramer.

—Te aconsejo que pruebes a esa jovencita de «Horas de angustia»: Grace Kelly —le aconsejó el mismo Gary Cooper.

Kramer hizo un gesto incrédulo, pero condescendió. No era solamente Gary quien le aconsejaba aquella muchacha. Cuando el director tuvo frente a él a la aspirante Kelly, permaneció serio y callado; observaba con la misma atención que pudiera estudiar un escultor a su modelo. Grace quería esbozar una sonrisa y apenas podía hacerlo; temía disgustar al gran director, pero no le era posible sonreír. Finalmente Kramer se dirigió a ella:

—Chiquilla, llevas contigo todo el encanto oculto de las grandes personalidades. ¿Te gusta mucho ser actriz?

—Sí, señor Kramer; sobre todas las cosas.

—Pareces poco habladora... Eso es una gran virtud que desconoce la gente de Hollywood —bromeó.

—Es que soy muy tímida —dijo Grace ya sonriente.

—¡Bueno es reconocerlo, Grace! —rió divertido Kramer—. Aquí no estamos acostumbrados a las tímidas, y la verdad es que harían falta algunas.

—¿Voy a interpretar su película? —preguntó inquieta Grace.

Stanley Kramer volvió a mirarla; esta vez sonreía abiertamente.

—Sí, Grace; vas a interpretar mi película. Y no me preguntes por qué; todavía no lo sé yo mismo. Sé que después de haberte visto no encontraría otra. ¡Hasta mañana, señorita! A las nueve estará todo dispuesto.

Grace Kelly le ofreció su mano gentilmente. Después dió media vuelta y se marchó. Se sentía feliz

y contenta. Empezaba bien. Kramer era un buen director, no deseaba más. Miró a su alrededor y supo desde ese momento que aquel hervidero de gentes anacrónicas, vestidas estrafalariamente, iba a ser su mundo: indios, vaqueros, «smokings», muchachas en traje de baño y otras con fastuosos trajes de noche o de época; técnicos en mangas de camisa y visera; todos en alegre camaradería mezclados en los descansos de rodaje. Grace permaneció largo tiempo por allí; se prometió a sí misma evitar cuanto le fuera posible aquel ambiente de Hollywood. Deseaba ser una buena actriz, tan buena como la mejor, pero imaginaba que aquello era una droga de la que debía librarse: «Soy católica —se dijo— y no quiero ser una más aquí. Quiero ser actriz, pero no dejar de ser Grace Kelly en todos los sentidos. Hollywood no puede vencerme porque me he propuesto que no suceda. Me defenderé de él.» Al salir de los Estudios, todavía volvió a mirar las grandes puertas por las que dos horas antes entrara con un bagaje de esperanzas y rió casi sonoramente. Lo peor había pasado.

\* \* \*

Interpretó el papel de la esposa sencilla y tímida, pero valiente e incondicional en el peligro. Gary Cooper dijo de ella:

—Grace tiene una gran distinción, discreta elegancia y solera.

Y todos asientan convencidos a estas palabras del gran actor que pudiera haber enamorado en sus años mozos a la propia madre de Grace. Pero ella había conseguido seducir al viejo galán, sin

esfuerzo, sin hacer gala de nada que no estuviera en ella misma. Se les veía juntos en todas partes. Grace levantaba hacia él sus ojos rasgados, claros, en un mirar enigmático en el que no tienen cabida las palabras; es un mirar que atiende, que escucha. Mientras se filma «Solo ante el peligro», Grace sabe dar a las escenas de amor un tono íntimo, de sinceridad. Todos los que trabajan en la película, actores, ayudantes de producción, dirección, técnicos, cameramans, etc., han abandonado su trabajo por un momento y han contemplado con admiración a la nueva actriz que se eleva hasta el gran actor y lo hace como el mismo Gary Cooper, con su misma sencillez, como si verdaderamente a ella tampoco le costase ningún esfuerzo ni violencia su trabajo. Se habla de Grace con entusiasmo.

—Tiene el mismo encanto, la misma forma de actuar que la Bergman cuando llegó a Hollywood... — es el comentario general.

«Solo ante el peligro» fué aclamada como una de las mejores películas del año. Gary Cooper ganó el Oscar por su interpretación del cuáquero, y Grace Kelly se vió señalada por la crítica y el público.

Gary Cooper había sentido el encanto de Grace; piensa que su amistad con ella no puede terminar así, que es ahora que han terminado de filmar cuando realmente debiera empezar. Quiere conservar de Grace algo más que el recuerdo de su trabajo ante las cámaras, quiere ver hasta dónde es ella misma y cuál es la línea que la separa de la mujercita insignificante, tímida y callada, que ha simulado ser en «Solo ante el peligro».

—Grace, esta amistad nuestra debe continuar

—dice, después de asistir juntos a la prueba del film.

—Sí, Gary. Yo deseo que así suceda.

—Para ti soy ya un hombre viejo; tal vez mi amistad no sea la que más te conviene, pero los hombres somos egoístas y yo no puedo dejar que todo acabe de esta forma... —trata de disculparse.

—Gary, no eres un hombre viejo. Eres una persona mayor. Y yo necesito junto a mí personas mayores de las que aprender.

Gary Cooper sonrió y en su rostro apareció en seguida una expresión de bondad confiada.

Empezaron a salir juntos y pronto Hollywood hizo comentarios maliciosos sobre ellos. Grace comprendió por primera vez que debía estar alerta; que Hollywood no perdona a nadie. Ella no pretendía más que la amistad del gran actor. Temió por Gary, por su mujer y por ella misma. Decidió poner fin a aquella situación.

—Gary, yo aprecio muchísimo tu amistad, pero eso no puede continuar. La gente es mala —dijo seriamente.

—¿Crees que debemos alejarnos uno del otro? —preguntó él con lentitud.

—Sí. Será mejor. Tu mujer no merece sufrir por nosotros.

—Mi mujer te apreciaba, Grace...

—Yo quiero que siempre puedas decir lo mismo; por ella y por mí.

—También hablarán si ven que dejamos de vernos. Dirán que tenemos miedo y que ellos tenían razón.

—No importa; nosotros sabemos la verdad. Existe una bonita ocasión. Tu nueva película; tienes que

rodar fuera de aquí. Será mejor así... —terminó decidida, con un ligero temblor en la voz.

Grace se levantó de la mesita y al secundarla él, todos los objetos tuvieron un tintineo momentáneo.

—Es nuestro último encuentro. Gary —sonrió suavemente Grace al tenderle la mano.

Llegaron frente a la reja de la casa de ella. Atardecía y todo lo que les rodeaba tomaba un aire gris nostálgico.

—Grace... yo... —trató de balbucear el actor.

—¡Adiós, Gary!

Grace subió rápidamente los cinco peldaños que le separaban de la puerta. Introdujo su llavín y desapareció.

«Hollywood es un tóxico», se repitió por la noche mientras cepillaba su cabello antes de acostarse; «tienes que ser fiel a ti misma, Grace». Y entonces, cuando apagó la luz de su habitación y se hizo la oscuridad, únicamente iluminada por la noche clara, una sonrisa recogía con dulzura unas lágrimas que la muchacha no había conseguido evitar. Fue en aquel momento que recordó su infancia, sus proyectos, sus ilusiones.

\* \* \*

Grace había nacido en Filadelfia. Su padre John B. Kelly era un contratista acomodado que supo elevarse desde sus comienzos como simple obrero de construcción. Grace estaba orgullosa del historial de su progenitor: había sido dos veces campeón olímpico de remo. Su madre, profesora de gimnasia, había procurado dar agilidad a su hija desde pequeña. También estaban tío George Kelly y tío

Walter C. Kelly. El primero era dramaturgo, y su obra titulada «Craig's Wife» constituyó un éxito del que Grace estaba envanecida. De niña ya sentía predilección por su tío George y esperaba con entusiasmo sus visitas. Este traía siempre una muñeca nueva para la chiquilla, la sentaba sobre sus rodillas, y le contaba cuentos e historietas en las que el teatro jugaba un papel importante.

—¿Te gusta mucho el teatro? —preguntó en cierta ocasión Grace a su tío.

Y él quedó absorto unos momentos para luego acariciar a la pequeña y decir:

—Sí, nena; por encima de todo. El teatro es mi tirano y yo ante él me humillo y le sirvo con todo mi esfuerzo.

—A tío Walter también le gusta el teatro, ¿verdad?

—Sí, él también ama el teatro.

—¿Qué es más bonito: escribir como tú o trabajar ante el público como tío Walter?

—Las dos cosas, pequeña. En el teatro todo es bonito.

—¿A él le conoce mucha gente?

—Sí; tío Walter es un buen actor de variedades.

—¿Qué quiere decir «variedades»? ¿Es una comedia? —preguntó ingenuamente la niña, abriendo mucho los ojos.

—No, es algo muy diferente, verás...

Y el señor George Kelly explicaba con bellas palabras lo que él entendía por variedades. Mientras Grace, con sus ojos azules fijos en su tío, a través de los graciosos lentes que desde niña había tenido que llevar, atendía extasiada.

—Yo quisiera ser artista como tío Walter... — dijo en un suspiro.

—Pequeña —dijo sonriendo él—, hay otros caminos en el teatro menos ingratos que el que él ha escogido. Eres una niña todavía para tener ideas propias sobre lo que serás, pero si cuando seas una mujercita opinas como ahora respecto a ser artista de variedades, ven antes a hablar conmigo y decidiremos. No es bonito para una señorita.

Grace cumplió dieciséis años, había hecho sus estudios en una escuela pública de Filadelfia y después fué a Nueva York para hablar seriamente con tío George.

—Tío, quiero ser actriz de teatro.

—¡Bueno! Celebro que tus ideas sobre las variedades se hayan transformado en esto. Supongo que pretendes ser actriz dramática, ¿no es así?

Grace asintió con un gesto afirmativo de cabeza.

—¡Bien! Es lo mejor para tu temperamento y tu carácter callado. Eres una mujercita poco habladora, posees el don de saber escuchar, y eso es muy importante para una actriz dramática. ¿Tienes el consentimiento de tus padres?

—Sí. Están de acuerdo en que si esa es mi vocación siga adelante.

—Entonces... ¡adelante, sobrina! Vamos; voy a llevarte a la Academia de Arte Dramático. Hay que empezar por el principio.

—¿Aquí, en Nueva York? —preguntó deslumbrada.

—Sí, aquí. Yo procuraré ocuparme de tí; tú te aplicarás y conseguirás tus propósitos. ¡Algún día, en Broadway brillarán las letras rutilantes «Grace Kelly interpreta la obra dramática de George Kelly»; y pasaremos como ahora cogidos del brazo e invitaremos a champaña a todo el mundo que asista a ver el estreno!

Los dos rieron alegremente.

Grace se matriculó en la Academia y se hizo actriz poco a poco, sin cambiar por ello en su forma de ser, ni ser más afectada; era la misma chiquilla tímida y encantadora de siempre. Con sus trajecitos de chaqueta azul celeste, blusas camiseras o vestidos sencillos y simples. En cierta ocasión subió a un avión y se lanzó al espacio en paracaídas como una muestra del dominio de sus nervios; más tarde repetiría la hazaña. Hacía este ejercicio para autoeducarse y no por excentricidad o publicidad.

Después su arte fué reconocido más allá del profesorado de la Academia y hasta Broadway llegó el encanto de Grace. Habían transcurrido cinco años desde el día que del brazo de su tío, el dramaturgo que hiciera castillos en el aire, llamara a la puerta grande de aquella Academia de Arte Dramático.

Grace Kelly debutó en Broadway en la obra titulada «El Padre», de Strindberg. Junto a ella interpretaba el papel principal masculino Raymond Massey, el gran actor dramático del cine y el teatro. Los periódicos dijeron de la nueva estrella de Broadway que era «dulce y atrayente» y que su forma de decir en escena «tenía toda la solera de una gran actriz, no de una principiante». Grace Kelly creía haber encontrado en los escenarios de Broadway su puesto y permanecía en él confiada... Hasta que Hollywood intervino y filmó su primera película, «Horas de angustia». Después había llegado el descubrimiento de Stanley Kramer y su amistad con Gary Cooper.

\* \* \*

Ahora debía trazarse un camino y continuar avanzando segura por él. No quería decepcionar a los que en ella confiaban: ni a sus padres, ni a tío George, ni a Rita Gam, su mejor amiga, ni a Gary, ni a Rocky, la esposa de éste. Quería ser siempre la Grace Kelly que llegara a Hollywood con un bagaje lleno de ilusiones, y por eso comprendió que después de haber dicho «adiós» a Gary debía salir de allí, no para siempre, pero si cuando el trabajo se lo permitiera.

El nuevo día apareció claro y brillante; Grace tenía la cabeza despejada y una gran tranquilidad de espíritu. Su decisión era firme. Quiso en seguida hacer sus maletas y marchar a Nueva York. Temía a Hollywood y quería la paz. Si este era el fin de su carrera cinematográfica seguiría en Broadway; si Hollywood confiaba en ella regresaría cuando fuese solicitado su trabajo. Mientras se arreglaba para expresar su propósito a Rita Gam, recibió una llamada telefónica de los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer. La voz había dicho: «Preséntese a las doce a John Ford.» Grace abandonó las maletas abiertas, tomó un taxi y se presentó al gran director. Ford cogió su mano con simpatía. Tenía sobre la mesa unas revistas, en primer término un «Life» de cubiertas rojas.

—Grace, he leído en ese «Life» que posees frescura de juventud, distinción y «sex-appeal», y éstas son las cualidades que busco para el segundo papel femenino de «Mogambo». Vas a trabajar conmigo, ¿quieres?

—¡Oh, sí! —contestó rápida.

La escena de su descubrimiento por los directores se repetía por segunda vez; Ford, al igual que

antes Kramer, llevaba varias semanas buscando a la actriz que pudiera representar la aristocrática y apasionada hermana de Donald Sinden, enamorada de Clark Gable.

—En ese caso, el miércoles próximo saldremos para África a trabajar.

Grace no tuvo necesidad de deshacer las maletas, se hallaban ya preparadas. Estaba contenta de tener que filmar en aquellas tierras desconocidas para ella y tan alejadas de Hollywood. Grace había depositado todo su interés en el nuevo papel y suponía que allí todo iría bien. Empezaron en seguida a rodar; Grace atendía a las indicaciones de Ford de tal manera que rara era la vez que había que volver a pasar la misma escena.

Clark Gable, «El Rey del cine americano», sintió pronto el encanto de Grace. El ambiente para el actor en aquellas tierras ardientes y secas no era precisamente despejado. Sus compañeras de rodaje eran Ava Gardner y Grace Kelly. La primera, el encanto y la atracción misma; mujer escultural que había sido escogida en otra ocasión para encarnar al ideal femenino: Venus. Gable comprendía que Ava tenía sin duda la cátedra de la seducción como obra maestra; una gran belleza y una voz cálida lanzada un poco hacia el espacio con un tono del Sur en las sílabas prolongadas. «Una gran mujer», pensó. Luego observó a Grace, callada, atenta a su trabajo, de aspecto digno y señorial, dulce, tímida y con un encanto un poco ácido, una gracia que Clark no sabía explicarse pero que él calificaba para sí de «fría». Y sin embargo, todo en Grace tomaba un carácter distinto; era cierto que frente a Ava Gardner, la imagen física de Grace se diluía, se desdibujaba,

pero aquello no importaba demasiado. Grace era otra cosa, no podían ser comparadas. Grace era distinta; su personalidad era más interna que exterior; poseía una fuerza formidable que no se veía, se «sentía». Por las mañanas, antes de empezar el trabajo, Grace se levantaba fresca y deliciosa, con una mirada llena de candor, como de chiquilla que acabase de salir de la ducha; parecía una de aquellas vestales griegas, sin maquillaje, con un brillo auténtico de una escrupulosa nitidez: aquellos ojos muy claros, de mirada recta, segura, mirada que busca; sus cabellos rubios, dorados por el sol africano, simplemente inclinados hacia atrás; sin artificios de ninguna clase, sin concesiones a la vulgaridad propia de nuestro tiempo; sin sacrificar nada a la moda diaria; siempre la misma, con su acento correcto y su inglés semejante al de Oxford.

Clark decidió: Grace Kelly fué la elegida. Juntos fueron a las cacerías; Clark enseñó a la mujercita cómo debía explorar la selva y ella avanzaba decidida de la mano del «Rey», mientras ése sonreía protector, satisfecho.

—Eres una muchacha valiente. Me gusta tu valor y tu seguridad.

—Voy con un buen paladín —dice ella, mientras salta entre unos arbustos que él sostiene gentilmente.

Al saltar Grace, los matorrales crujen levemente en la espesura y casi se percibe un eco lejano en el silencio de aquellas tierras.

—¿No tienes miedo? Nos hemos internado... —sugiere el actor.

—De niña leí en un libro de Ruyard Kipling

que «la ley de la selva prohíbe a toda fiera comer hombres».

—...«excepto en el caso de que la fiera mate para enseñar a sus pequeñuelos a matar» —terminó Clark, malicioso—. ¿Recuerdas?

Clark ayudaba a Grace a sentarse junto a un pequeño arroyo que se deslizaba cantarino entre las piedras del fondo.

—¿Cómo sigue, Clark? —preguntó ella, mientras se descalzaba y refrescaba sus pies en el agua siempre nueva y clara.

—Dice Kipling que las fieras creen que toda matanza humana significa tarde o temprano la llegada de los hombres montados en elefantes y armados de fusiles, con cohetes y antorchas.

Clark se interrumpió, cogió amistoso la mano todavía húmeda de Grace. La miró atentamente y continuó como en un cuento:

—...Entonces todo el mundo de la selva sufre. Y dicen también, que los devoradores de hombres se vuelven sarnosos y desdentados y por eso no se los comen.

—¡Vas a conseguir asustarme, Clark! —exclamó con coquetería.

—No lo creo. En ti el miedo no resultaría bonito; admiro tu sangre fría —terminó Clark.

—¿Regresamos? Pronto empezaremos a filmar... —insinuó ella.

—Sí, es cierto. Cuando estoy contigo olvido fácilmente que estamos juntos precisamente para hacer una película. ¡Bien!

Iniciaron el regreso. En los campamentos de rodaje sucedía algo extraño aquella mañana. A medida que se aproximaban se les hacía más patente cierto movimiento nervioso y excitado. La

gente se movía constantemente de un lugar a otro presa del miedo; formaban círculos gritando. Iban provistos de palos, rifles y ramas de árboles que agitaban al viento y hacia el suelo. Grace y Clark miraron asombrados a su alrededor.

—¿Qué sucede, John? —preguntó el actor cogiendo más fuerte por los hombros a Grace, en un intento de protección de algo que todavía ignoraba.

—Avanza una colonia de hormigas gigantes hacia las tiendas...

—¿Habéis preparado los fumigadores? —preguntó Clark.

—Ahora he dado la orden de que lo hagan, pero no hay forma de coordinar. Existe algo peor que las hormigas en ese momento: el miedo, los nervios y la histeria, y para esto no sirven los fumigadores ni los insecticidas; no tenemos armas —dijo Ford, excitado, y luego añadió al ver a Grace—: Ve con Ava y las demás mujeres, allí estarás a salvo.

—Prefiero quedarme aquí y ayudar en lo que pueda —contestó ella tranquila.

Clark la observaba serio; no había duda que Grace era una mujercita valiente. Se sentía orgulloso de ella; no sabía exactamente si era un orgullo paternal o un orgullo de hombre ante una mujer que puede ser la suya entre todas las demás.

\* \* \*

Terminado el rodaje de «Mogambo», Clark no supo renunciar a Grace. En todos los lugares se les veía juntos y Hollywood comenzó de nuevo a murmurar.

—«El Rey» ha encontrado una segunda Carole Lombard... —decía una de las grandes estrellas.

—¿Qué tiene Grace Kelly más que las otras? —preguntó otra con ironía.

—Su belleza no es agresiva; no exhibe sus encantos con fines utilitarios, es refinada, Sally; distinguida. Es una dama, ¿comprendes? —contestó Bing Crosby.

—Ya tenemos muchas damas en Hollywood; hace doce años, Greer Garson; hace seis, Deborah Kerr... Por lo menos la Kelly es americana como nosotras y no inglesa como las otras dos —decía la terca Sally, molesta.

Grace Kelly no oye estos comentarios, pero los adivina y sufre por ellos. Quiere huir de Hollywood como en otra ocasión, y Clark decide acompañarla. Antes de marchar a Europa, la Metro le ofrece un contrato. Grace acepta; ganará setecientos dólares a la semana y el contrato se renovará cada siete años; sólo exige, antes de firmar, una condición:

—Quiero que se me permita vivir en Nueva York y sólo viajar a Hollywood o adonde requiera el papel que deba interpretar, cuando tenga que filmar.

Los de la Metro aceptan y le permiten tomarse las vacaciones que ella solicita para huir momentáneamente de Hollywood. Grace voló a Londres y Clark Gable la siguió. Juntos asistían a los grandes teatros londinenses, al gran parque y a las salas de fiesta. La noticia había trascendido, pero ellos hacían caso omiso de ello, eran felices y no disimulaban su alegría. Grace vivía confiada, la presencia constante de Clark Gable tenía algo de magia, de encantamiento. Sin embargo aquella felicidad se acabó inesperadamente. Grace, al llegar

una tarde al hotel para cambiarse de traje para la cena encontró a su madre, la señora Kelly, que había hecho el viaje desde Filadelfia para llevarse consigo y esperaba paciente la llegada de su hija.

Clark se entristeció al saber la noticia a la mañana siguiente. Grace quería consolarle, pero también ella sufría en aquel momento.

—Es inútil revelarse, Clark. Las madres siempre tienen razón. Ha sido todo como un sueño maravilloso, pero mi deber es regresar con mamá. Será mejor para los dos.

El intenta detenerla; piensa que tal vez son ciertos los rumores de Hollywood sobre Grace y él: «su segunda Carole Lombard». Aquella mujer-cita le ha ayudado a sentirse otra vez como antes, cuando era un hombre joven... Pero Clark no dice nada, la deja marchar sin decir nada; no quiere ser egoísta y llamarla; Grace es todavía muy joven. Ella al marcharse se vuelve hacia él, tal vez espera una palabra de él que la detenga. Clark sabe que ella ha renunciado y él sale para el continente con unos amigos.

Grace, entre tanto, comienza el rodaje de «Crimen perfecto», bajo la dirección de Alfred Hitchcock; su oponente es Ray Milland. A Grace le gusta interpretar esta película; todavía recuerda la grata impresión que le causó la obra de teatro de Knott en que estaba basado el guión cinematográfico, cuando la vio en los escenarios de Broadway.

En el plató, durante el rodaje, puede verse a Grace y Ray Milland con las manos cogidas amorosamente, sin apenas hablar.

—Grace ignoraba que Milland estuviera casado

—comenta Rita Gam, amiga de la estrella, y añade—: No hubiera dejado que las cosas llegasen tan lejos.

Ray Milland, como sus antecesores, también ha sentido el embrujo de Grace. Incluso habla de pedir el divorcio para casarse con su nueva pareja de rodaje. Otra vez la maledicencia de Hollywood comenta, y otra vez la madre de Grace intuye que su hija la necesita y vuela en su auxilio.

—Esta vez permaneceré contigo hasta que comiences otro nuevo film; tengo la seguridad que sólo una nueva película os hará volver a los dos a la realidad —dice la señora Kelly con firmeza.

La señora Kelly tiene confianza en su hija, pero al igual que ésta teme a la Ciudad del Cine y sus murmuraciones, por eso ha ido a proteger a Grace; desde Filadelfia todo parece más importante, más trascendental. Ahora está con ella y las dos juntas poseen mayor fuerza. Todo sucede como ha previsto la señora Kelly. «Los puentes de Toko-Ri» es la nueva película que hace a Ray Milland apartarse de Grace.

«Los puentes de Toko-Ri» la interpreta bajo la dirección de Jorge Seaton, que ha elegido a Grace sin titubear para representar a la elegante, aunque dominante mujer de William Holden. Grace sabe imprimir al papel que interpreta una naturalidad tal en las escenas apasionadas que llega a desconcertar al propio Holden, que dijo al terminar el rodaje:

—Jamás ha probado sacar partido de su feminidad. Es una compañera de trabajo modelo y una incomparable amiga.

En esta ocasión Grace se adelantó a los acontecimientos y dijo a Holden:

—Me gustaría conocer a tu esposa, Billy, ¿por qué no me la presentas?

—Sí, Grace —contestó gravemente él—. Esta tarde telefonaré a Brenda y le diré que te he invitado a cenar con nosotros.

Por la noche Brenda Marshall recibió a Grace e intentó ser amable desde un principio, pero Holden sabía que no lo era, que la mirada de Brenda al oscilar de su invitada a él no era sincera, sino inquieta, interrogadora. Grace, mujer al fin, advirtió también cierto recelo en Brenda y trató de mostrarse sencilla y natural, quería ser simpática a su anfitriona, tenía sumo interés en que sucediese así, lo deseaba sinceramente y lo consiguió con su esfuerzo. Fué una cena íntima y a través de la personalidad de Grace, de su amabilidad y sencillez, y secundada por Holden, pronto se hizo patente la cordialidad. Ya había pasado el momento falso y peligroso; hablaron de cine, música, libros y al despedirse fué Brenda quien al estrechar la mano de la actriz dijo espontáneamente:

—Espero que venga otras veces por aquí y pronto.

Grace asintió agradecida; aquella frase de la esposa de Holden encerraba para la actriz toda una renuncia de pensamientos reprimidos; su simpatía y su sinceridad se habían impuesto y Grace había conseguido imprimir confianza y cordialidad a Brenda Marshall. La actriz complació a la señora Holden y frecuentó sus vistas; pronto se convirtieron en un feliz y animado trío, hasta que la actriz marchó a Africa a interpretar «Green Fire», con Stewart Granger. Después fué solicitada de nuevo por Hitchcock para filmar «La

ventana indiscreta», en que representa el papel de tierna y apasionada novia de otro de los «grandes» de Hollywood: James Stewart. Hitchcock estaba satisfecho de ella:

—Es la actriz de más cálida personalidad que me ha tocado dirigir...

Con este comentario colocaba a Grace por encima de Ingrid Bergman, Jane Wyman, Margaret Lockwood, Madeleine Carroll, Joan Fontaine, Maureen O'Hara, Anne Baxter...

—Las escenas de amor —decía otro de los entendidos— son tan extensas y naturales, que sólo pueden compararse a las de Ingrid Bergman y Gary Grant en «Encadenados».

También en esta ocasión se iniciaron los rumores alrededor de la amistad de James Stewart y Grace, pero como el actor y Gloria, su mujer, forman un matrimonio unido, Stewart decidió acabar con los comentarios y llevó a Grace a su casa. Se la presentó a su esposa y Gloria y Grace intimaron inmediatamente. James agradecía a su compañera de trabajo el giro que ésta había dado al ambiente.

—Grace —le dijo sonriente, con cara de chiquillo asombrado—, tienes el gran don de atraer a hombres y mujeres por igual.

\*\*\*

La carrera ascendente de Grace Kelly no encontraba límite ni frontera. Es solicitada por otros Estudios. Cada una de las películas que interpreta es un éxito clamoroso. Los mejores directores la solicitan y la Metro tiene que cederla en dos ocasiones a pesar de su contrato; cada préstamo

de Grace significa para la Metro una utilidad de cuarenta y dos mil dólares. Los mejores actores de Hollywood insisten en conseguirla como compañera; Bing Crosby llega al extremo de amenazar a la Paramount con no filmar «The Country Girl» si no podía obtener la compañía de la actriz. Todo se soluciona y Grace Kelly representa ante las cámaras de la Paramount la inteligente y amarga esposa de Crosby, bajo la dirección de George Seaton, y por su interpretación consigue ser propuesta para el «Oscar» a la mejor actriz de 1954. Era su mayor victoria. Bing Crosby estaba orgulloso de su hallazgo y su tenacidad.

—Conseguirás el «Oscar» —le animaba confiado—. Ha sido un éxito.

—Mi éxito te lo debo a ti —contestó ella agradecida.

—No, pequeña; ha sido de ti de quien ha brotado el arte que llevas dentro.

—Tú estabas a mi lado... Tu ambición por mi triunfo y la mía propia han triunfado.

—Tienes razón, Grace —comentó pensativo él—. Los dos somos ambiciosos y reservados...; de origen irlandés, católicos... ¡Ah! y trabajadores —terminó riendo.

Ahora también ha sucedido como otras veces. Continúan saliendo juntos después del rodaje de «Country Girl». Marchan al día siguiente a Nueva York y se exhiben en un salón nocturno y un periodista se acerca a ellos cuando se dirigían hacia su mesita desde la pista de baile:

—¿Qué opina Vd. de Grace Kelly? —le preguntó a boca de jarro.

Bing miró a la actriz y suspiró.

—Es una mujer fascinante —declaró convencido, y añadió malicioso: —¿Y usted?

El periodista indiscreto hizo un guiño y suspiró como antes hiciera Bing.

—No deje de comprar el sábado mi revista, encontrará la respuesta...

El sábado recibieron la revista y leyeron en ella: «Grace Kelly pose esa madurez de criterio que atrae a los hombres de cualquier edad; especialmente a los de cuarenta o más, que temen el estereotipado «glamour» de las estrellas más jóvenes; y además cuenta con esa fuerza interior tan parecida a la Ingrid en los comienzos de su carrera. Tiene un atractivo de «alto voltaje»... ¿y quién puede resistir semejante combinación?»

—Querida, no es sólo a los actores a los que nos vuelves locos; este chico también ha sentido tu influencia —comentó Bing, mientras la ayudaba a echar una capa de pieles sobre sus hombros para asistir a un concierto aquella noche.

Grace sonrió gentilmente. Salieron a la calle y subieron al coche del actor. Por el camino iban callados, tan sólo un cálido tataseo de Crosby con un deje de nostalgia y tristeza en la melodía. De pronto dejó de tatarse, silbó durante unos instantes la misma melodía y luego dijo con seriedad, tomando una de las manos suaves de la mujer y llevándosela a los labios.

—Quisiera que nadie más que yo sintiese tu influencia y tu presencia, Grace.

—¿Por qué ese exclusivismo? —intenta bromear ella.

—Porque te quiero —contesta él lentamente, aparcando el coche junto a una hilera que se ha formado en la acera próxima al Metropolitan.

Sigue un silencio sin violencia; ninguno de los dos se mueve ni intenta hacer ademán de salir del coche; se miran a los ojos y Bing besa nuevamente las manos de Grace. Después pregunta anhelante:

—¿No me dices nada?

El momento mágico ha pasado. Ella baja la vista y luego responde:

—No estoy muy segura de lo que debo contestar; dejemos las cosas así de momento...

—...Seríamos felices... —piensa en voz alta.

—...Pero, Bing...

—¡Sí! Ya sé... —corta él rápido—. No estás segura de quererme. No has tenido tiempo apenas de hacerte a la idea, perdona. Además, es mucho lo que te pido. Pero es que quisiera que pudieses verlo con mis ojos, Grace, con la claridad con que lo veo yo —y añade con amargura, con tristeza infinita, en voz baja: —Soy mayor que tú; tengo tres hijos, soy viudo y no poseo ilusiones.

—¡Calla, por favor! —dice ella, poniendo su mano sobre los labios de Bing—. No quiero que sufras, ni que te hagas daño de este modo. Lo que acabas de decirme no tiene importancia. Yo me siento muy bien a tu lado... pero no tengo seguridad en mí misma; trata de comprender sin atormentarte. He de marchar a Europa a filmar el mes que viene, ahora continuemos así y a mi regreso lo solucionaremos todo, ¿quieres?

—Sí, Grace; quiero todo lo que tú quieras; tu felicidad a cambio de la mía, si es preciso.

Luego descendieron del coche y entraron en el gran Metropolitan entre un murmullo de admiradores fervorosos.

Grace se fué a la Costa Azul con Gary Grant y Betsy Drake, la esposa de éste. Debían filmar «To Catch a Thief», en la que la estrella representa a la hija de un norteamericano que se pasea cubierta de diamantes por Cannes, Niza, Montecarlo...

Grace Kelly, en Montecarlo, juega a la ruleta con una suerte extraordinaria. Viste un maravilloso traje de noche de terciopelo negro que enmarca su esbelta y delgada figura, haciéndola semejante a una escultura; sus cabellos tienen reflejos dorados que contrastan con su piel bronceada por el mar de Francia.

En el Casino nadie parece ver otra cosa que el girar caprichoso de la ruleta: ojos redondos, a veces desorbitados como la rueda que gira sin cesar.

—¡No va más! —dice frío a cada nueva vuelta el «croupier», atento a su trabajo: trasladar de un lugar a otro con una manecilla fichas de todos los colores y tamaños.

Aquellas fichas son un símbolo, piensa Grace, dólares, marcos, pesos, liras, francos. Un solo giro de ruleta puede significar la ruina o la vida para cualquiera de aquellos pares de ojos redondos, agrandados en cada ir y venir de la bolita saltarina.

Grace observa aquel mundo reducido que se levanta y se sienta junto a la ruleta a cada nueva frase monótona, sin cadencias, del «croupier», que es como una cantilena. Y de pronto, sobre su hombro, rozando sus cabellos, una mano señorial de dedos alargados y pulidos llega hasta el tapete verde y deposita su apuesta: diez fichas largas

y negras contrastan con el rojo del recuadro que tiene una cifra de dos números grandes: el dieciocho. La actriz instintivamente sigue aquella mano que ha rozado sus cabellos y deja unas fichas en el mismo recuadro rojo. Por un instante se hace el silencio, la inquietud se asoma a todos aquellos ojos desorbitados y finalmente la bolita uetiene su alegre baile.

—¡Dieciocho rojo! —canta el «croupier» impasible.

—¡Hemos ganado, señorita Kelly! —dice una voz a su espalda.

Y Grace, al volver la cabeza hacia aquél que ha hablado, tiene una sonrisa mezcla de curiosidad y de incredulidad. Los dos han recogido su apuesta sin prisa.

—Oleg Cassini, dispuesto a ser su guía en Montecarlo y su mascota ante la ruleta —se presenta él cortésmente.

Oleg Cassini es un hombre alto, con bigote, manos finas y cuidadas, cabello castaño y tez morena. «Ex marido de Gene Tierney», cree recordar Grace. Un hombre maduro que lleva quince años a Grace. Es de modales correctos y simpatía manifiesta.

Ella va a jugar de nuevo y Oleg rectifica la dirección de su mano:

—Hacia aquí, señorita Kelly. La suerte está aquí.

Y, en efecto, parece que la bolita se hubiese puesto de acuerdo con él. Grace, al recoger otra vez sus fichas, aumentadas considerablemente, ríe como una chiquilla.

—Es usted un mago —dice.

—Ahora, si le parece, salgamos fuera; la noche

está maravillosa y deseo que quede en su recuerdo mi poder en todo su esplendor. Tal vez una nueva apuesta desharía el encanto. ¿Quiere acompañarme?

Oleg le ofrece su brazo; salen del Casino. Ella, por unos instantes, se acoda en la barandilla del balcón de la terraza y respira fuerte, con los ojos cerrados.

—¡Noches cálidas del Mediterráneo...! Invitan a soñar... Ha tenido usted una buena idea; deseaba salir a pasear...; además, no quería hacerle quedar mal. Toda aquella gente ha envidiado mi suerte esta noche.

—Pues en este momento tiene usted a «su suerte» pendiente de sus ojos —dice Oleg sonriente.

—Pero aquí sólo están las estrellas y el mar, la ruleta no ha querido seguirnos, se ha quedado allí.

—¿Mucho tiempo en Montecarlo? —corta él el silencio, mientras descienden por las escaleras del edificio.

—Poco; estamos filmando en Cannes.

—¿Podré ir allí en su busca? Me interesa su compañía...

—No creo que yo sea muy interesante...

—¿Dijo usted eso a la Prensa? —pregunta él.

—Es posible. Tiene buena memoria.

—Me sorprendió la frase y me la ha recordado. Es usted valiente; es la primera vez que oigo tamaña autocritica por una luminaria de Hollywood.

—Yo lo creo así. No encuentro dentro de mí misma nada que considere digno de atraer la atención de los demás en la proporción que yo acostumbro dedicar a los otros.

—Es usted un ángel, Grace. ¡Ah! Suplico ser

acogido entre esos «otros» a los que usted dedica su atención. No olvide que soy su mascota de la suerte. Esta noche nuestras manos han seguido los mismos impulsos y el mismo camino. ¿Sabe que hemos sido uno solo durante unos instantes mágicos?

—¡Bien! Si es usted mi mascota entra por derecho propio —asiente ella divertida.

—¡Bueno! Esta noche comienzo yo a tener suerte. ¿A dónde quiere que la conduzca? —pregunta abriendo la portezuela de su coche.

—A mi hotel.

Al despedirse a la puerta del hotel, Oleg Cassini besa la mano de Grace ceremonioso.

—¡Hasta mañana, Grace! Es usted encantadora. Iré a verla filmar.

\* \* \*

Cassini cumplió su palabra; fué a Cannes al día siguiente, y al otro, y al tercero, y así hasta que terminó la película. Esperaba a Grace en la playa y cuando Grace llegaba subían al coche y hacían pequeñas excursiones por la costa; llegaron incluso a la Riviera italiana. Parecían felices y Oleg hacía todos los días la misma pregunta:

—¿Ya he entrado en tu vida?

Al principio era una pregunta con cierto tono de humor que a los dos les divertía; poco a poco, Oleg, al preguntarlo, se revestía de mayor seriedad, y finalmente, una noche, al regresar de Niza de una fiesta de pescadores, Oleg detuvo el coche y formuló la pregunta con inquietud, con una seriedad anhelante que hizo a Grace mirarle atentamente. Oleg rodeó la espalda de la mujer

con uno de sus brazos, la mano derecha se deslizaba suavemente por el cabello de Grace.

—¿Conseguiré ser el hombre de tu vida?

Ella intentó sonreír, no podía. Oleg quería la respuesta y apremiaba:

—¿Sabes que por las noches no puedo dormir pensando si esto va a acabar aquí, Grace? —preguntó nuevamente.

—No, Oleg; no acabará; ninguno de los dos queremos que finalice. Pero ahora no debes insistir en la pregunta. En Hollywood hay un hombre al que prometí una respuesta a mi vuelta y quiero que sepa esto nuestro. Mientras, no puedo decirte nada. El es muy bueno y yo le debo esta explicación, no quiero hacerle daño.

Grace regresó a Hollywood y Bing comprendió sin palabras que ella había encontrado la felicidad lejos de él. Aquel hombre de la vieja Europa le había vencido, y quiso evitar a Grace la respuesta que quedara en el aire cuando la dejó partir camino de Francia. Bing Crosby se supo excluido del paisaje sentimental de ella; Grace, por su parte, gentilmente le hizo comprender que seguía siendo su mejor y más incondicional amiga y el cantor número uno de América se aferró con fuerza a la amistad que le tendía; aquello valía la pena y podía salvarse.

Cuando Oleg Cassini fué en busca de Grace, ya corrían rumores sobre los «Oscar» que se concederían. Grace y Oleg volaron a Nueva York; ella quiso esperar allí hasta el último momento; es cierto que se la nombraba entre las más seguras, pero sufría en la espera. Al llegar a Nueva York, un periodista comentó malicioso en un artículo dedicado a la actriz: «¿Será Oleg Cassini la última

pieza, la pieza maestra, de la colección de Grace Kelly?»

\*\*\*

Y mientras, la Academia de Hollywood estudiaba y media el trabajo de los actores y actrices durante el año 1954, y el rumor sobre Grace se hacía más firme y real por momentos. En Nueva York también se hacían comentarios; la impaciencia de Grace llegaba a su límite. Llegó el fallo del jurado; Grace era considerada la primera actriz del año, merecedora del «Oscar».

Grace Kelly asistió a recoger su trofeo. Su emoción fue casi una sorpresa para todos los que asistieron a la entrega de premios. Grace, la mujer que había desafiado a sus nervios al lanzarse cinco veces al espacio en paracaídas, la mujer sensata y tranquila, lloraba emocionada entre los brazos de Marlon Brando, a quien también aquella noche se otorgaba el «Oscar» al mejor actor, por su labor en «La ley del silencio». Grace, entre los brazos fuertes del actor, se empuñecía y lloraba; semejaba una niña y apretaba fuertemente entre sus manos la estatuilla con la que tantas noches soñara desde aquellos primeros días en que llegó a Hollywood y confesó: «Yo soy tímida». Ahora había triunfado y había escuchado claramente:

—Se otorga el «Oscar» de primera actriz del año a Grace Kelly por su labor interpretativa en «The Country Girl».

Ella había sonreído con sus ojos húmedos a todo aquel mundo de Hollywood que con su aplauso delirante le otorgaba la corona de reina.

## Así es GRACE KELLY

Viajaba Grace Kelly por la carretera que serpentea por la desierta planicie de Dakota del Sur. Se detuvo en una estación de gasolina a repostar, y le extrañó el que cerca de allí hubiera una rústica tienda de lona muy parecida a la que usan los pieles rojas. Se acercó a curiosear. Sentada al pie de la tienda había una india de rostro arrugado, y junto a ella un letrero que decía: «Me dejó fotografiar. 50 centavos».

Varios turistas tomaban algunas instantáneas. Grace Kelly le hizo varias fotografías, y después de pagarle le preguntó:

—¿No es muy pesado estar sentada ahí todo el día dejando que la retraten?

Una repentina ráfaga de alegría iluminó el impasible rostro de la anciana al contestar:

— Usted hace lo mismo para ganarse la vida, y además tiene que aprenderse los papeles.

(Caricatura de Muntañola)



# án a la venta!



**CLARK GABLE.**—Uno de los pocos veteranos del cine que se mantienen firmes en su puesto de primera línea. Procedente del teatro, ha trabajado ante las cámaras con las más célebres artistas. Un ídolo de las mujeres que se ha casado cuatro veces, divorciándose tres. Carole Lombard fue su amor más feliz. Pero un trágico accidente de aviación le quitó la esposa amada.



**LESLIE CARON.**—La dulce «Lili» tuvo que luchar contra la voluntad de su padre para poder ser bailarina. Muy pronto, Gene Kelly la descubrió para el cine y la convirtió en una de las más cotizadas estrellas de Hollywood. Una amena historia en la que se describe el curso de su carrera y el fracaso de su matrimonio con un excéntrico millonario.



## TITULOS EN PRENSA

### VAN JOHNSON



Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.

### AVA GARDNER

La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



### ALAN LADD



En su vida ordinaria es un hombre bien distinto al que nos muestran las películas. Amante del hogar y fiel a su esposa; un actor sin vida escandalosa ni divorcios en su haber. Atraído por la escena desde la adolescencia, inició pronto una brillante carrera cinematográfica, ayudado por la que fue su agente de publicidad y es hoy su esposa.

### SUSAN HAYWARD

En la escuela de párvulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.

